

"Alta suciedad"

Comedia de intriga en 1 acto

PERSONAJES

RENATA... La criada, no menos de 50 años, mal encarada e impertinente

CARMEN... Joven, llegando a 30 años, mujer del pueblo llano

JOAQUIN... Marido de la anterior, de su edad más o menos, también del pueblo llano

MARÍA... Pasados los 30, pero aún joven, de muy buen ver, todo elegancia y saber estar, adinerada desde siempre.

ANTONIO... Marido de MARIA, de su misma edad, también de muchísimo dinero

La obra se ambienta en Asturias, en la zona rural, en la casa de alguno de los muchos caciques que había en aquella época en cualquier pueblo asturiano (y probablemente español), pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares donde se desarrolla. La época es en el franquismo, cuando se promulgó la ley del adulterio.

ACTO ÚNICO

España de post guerra, justo cuando Franco aprobó la ley del adulterio. Sala principal de la casa de una familia muy adinerada. Muchos lujos y decoración. Pican al timbre varias veces.

RENATA.- *(Entra por un lado. La criada, vieja, refunfuñona y respondona)* ¡Ya va, carajo! A ver si dejamos de darle al dichoso timbre. *(Sale por el otro lado. Vuelve con JOAQUÍN y CARMEN, un matrimonio de pueblo, bien vestidos, dentro de lo que pueden)* Quedarían a gusto de apretar el puñetero botón, ¿eh? No le hubiesen apretado a usted igual las narices, a ver si achataban un poco. *(Sale. JOAQUÍN y CARMEN están un rato un poco fuera de sitio, y sin saber que hacer).*

CARMEN.- Agradable la paisana, ¿eh?

JOAQUÍN.- No te quejes. Cuando vine a pedir cita la otra vez, me hizo descalzarme y entrar descalzo para que no le manchase el suelo.

CARMEN.- La reñirán los amos si se ensucia la casa.

JOAQUÍN.- ¿Los amos? La señora vino a recibirme con las zapatillas en las manos, no te digo más.

CARMEN.- ¿Nos sentamos a esperar? *(Se sienta)*

JOAQUÍN.- Pues no sé que te diga. Invitar no nos ha invitado nadie.

CARMEN.- *(Se levanta)* ¿Esperamos entonces de pie?

JOAQUÍN.- Tampoco nos lo ha mandado nadie, pero de momento... Dios, tengo un revoltijo en las tripas...

CARMEN.- Te había dicho que no comieras el embutido del potaje, que te sienta muy mal.

JOAQUÍN.- No fastidies, Carmen. Son los nervios. Ay, Dios, como Don Antonio no nos ayude, no sé que va ser de nosotros.

CARMEN.- Nos ayudará. ¿Traes la placa?

JOAQUÍN.- *(Saca del bolsillo de la chaqueta una placa de oro, muy llamativa)* Esto lleva más de tres generaciones en mi familia, Carmen. No sé si podré deshacerme d'ella.

CARMEN.- ¿Qué dices siempre que te dijo tu madre cuando te la dio? “Esto alguna vez puede que sea tu salvación”. Pues ahora es el momento, Joaquín. Si no nos salva, estaremos en la calle, empeñados y sin donde caer muertos.

JOAQUÍN.- Si, supongo que tienes razón. **(La guarda)**

RENATA.- **(Entra)** El señor tardará un poco, estaba durmiendo la siesta. No está de muy buen humor precisamente.

JOAQUÍN.- ¡Vaya por Dios! ¿Lo he despertado?

RENATA.- No, lo he reñido yo para que desconecte el timbre, porque hay gente que no sabe llamar una vez y esperar. Quizás conozcan a alguien.

JOAQUÍN.- Como no salía nadie...

RENATA.- Disculpe el señor. Si la culpa es mía por no estar pegada a la puerta esperando que alguien llame. Ahora, con su permiso, voy a ver si monto guardia al lado de ella, por si pasa el cartero. **(Se va)**

JOAQUÍN.- Solo faltaba que Don Antonio se levantara de mal humor de la siesta.

CARMEN.- ¿La siesta? Son las seis de la tarde.

JOAQUÍN.- ¿Qué quieres, Carmen? Este seguro que ya tiene el día ganado nada más levantarse. ¿Quién lo apura a despertar de la siesta?

CARMEN.- Pues ya la hemos hecho buena llamando al timbre.

JOAQUÍN.- Cuernos, Carmen, ya me dirás como llamamos. ¿Tiramos piedritas a los cristales?

MARÍA.- **(Entra. La señora de la casa, muy bien vestida, muy elegante)** No debiera. Alguien podría interpretar que habría venido a cortejar a cualquiera de la casa.

CARMEN.- La criada ya no está en edad de merecer.

MARÍA.- Pero hay otra mujer aquí en la casa. ¿Acaso no pudiera cortejarme a mí?

JOAQUÍN.- **(Violento)** A usted...

MARÍA.- ¿No le parece que alguien pueda cortejarme?

JOAQUÍN.- Claro, claro, cualquier hombre... **(Saca el pañuelo y se limpia el sudor)**

MARÍA.- ¿Usted no miraría para mí? **(Por CARMEN)** Si pudiera, claro.

JOAQUÍN.- Sí... O sea, no... Vamos, que...

RENATA.- **(Entra)** El señor ya está preparado, ahora mismo bajará.

JOAQUÍN.- **(A CARMEN)** Dios, que a tiempo ha entrado esta mujer. Ya no sabía donde meterme.

MARÍA.- Gracias, Renata, puedes retirarte.

RENATA.- Ya hace unos años que tenía que estar retirada. Explotadores... **(Se va)**

MARÍA.- Esta señora lleva ya tanto tiempo en esta casa, que ya es una más de la familia. ¿De qué hablábamos?

JOAQUÍN.- ¡Del tiempo! Vaya como enfriaron los días, ¿eh?

MARÍA.- Pues usted está sudando.

JOAQUÍN.- En frío. Los nervios, ¿sabe?

CARMEN.- Compórtate, Joaquín.

ANTONIO.- (*Entra. El señor, con bata y pañuelo al cuello, muy elegante*) Ah, María, me alegro que estuvieses aquí para recibir a estos señores. ¿Estabais hablando de algo?

JOAQUÍN.- ¡Del tiempo! ¡Cómo ha enfriado el tiempo!

ANTONIO.- Pues usted está sudando a chorros.

JOAQUÍN.- Es que... No estoy acostumbrado a poner traje...

ANTONIO.- ¿Les parece que nos sentemos?

JOAQUÍN.- Sí, que no me aguanto de pie. (*JOAQUÍN se sienta el primero, mientras ANTONIO retira la silla de CARMEN para que se siente, y luego la de MARÍA*) Esto... perdón... (*Se levanta*)

ANTONIO.- Oh, vamos, vamos, no se ande con cumplidos. Siéntese, siéntese. (*Se sientan todos*) ¿Les apetece tomar el te con nosotros?

CARMEN.- No quisiéramos molestar.

ANTONIO.- No es molestia. Faltaría más. La hora del te es sagrada. ¿Ustedes no toman el te a estas horas?

JOAQUÍN.- Nosotros somos más de tomar las infusiones cuando nos duele la tripa.

ANTONIO.- Cariño, ¿serías tan amable de decirle a Renata que nos sirva el te?

MARÍA.- Claro. (*Se levanta, y como Antonio hace lo propio, Joaquín y Carmen lo imitan. Se va*)

ANTONIO.- (*Se vuelve a sentar, y detrás los demás*) A mi, el té que más me agrada es el inglés, con una nube de leche. Me lo traen importado especialmente para mi. ¿A ustedes cuál es el te que más les agrada?

JOAQUÍN.- Pues... Ya le digo que nosotros de infusiones...

CARMEN.- Las recogemos en la montaña: Manzanilla, romero... Y tenemos un tilo delante de casa. Supongo que es español.

ANTONIO.- Ah, claro, entiendo.

MARÍA.- (*Entra.*) Renata traerá ahora mismo el te. (*JOAQUÍN rápidamente va a retirarle la silla para que se siente*) Oh, muchas gracias, qué amable. (*Se sientan todos*)

CARMEN.- (**Aparte**) Para mi no te has apurado tanto para retirarme la silla.

JOAQUÍN.- Cielo, hay que dar buena imagen.

ANTONIO.- Me estaban diciendo que ellos mismos van a recolectar el té y otras hierbas medicinales a la montaña.

JOAQUÍN.- Verá, no quisiera importunarlos, pero el caso es que el tema que hemos venido a tratar...

ANTONIO.- Por favor, los temas de trabajo, después del te. No se pueden mezclar temas tan mundanos con ese momento tan señalado. En esta casa es casi como una liturgia.

CARMEN.- No es cosa de oír misa ahora mismo.

JOAQUÍN.- Bueno, pero, mientras que viene el te y no...

ANTONIO.- No. Primero el te, luego el trabajo. Insisto.

JOAQUÍN.- Si insiste...

MARÍA.- ¿Y llevan mucho tiempo casados?

JOAQUÍN.- Los dos el mismo tiempo, sí.

CARMEN.- ¿Qué dices, imbécil?

JOAQUÍN.- Los nervios, Carmen, que me están matando. Seis años ya.

MARÍA.- ¡Seis años! ¿Y tienen familia?

JOAQUÍN.- Claro que sí, tengo padres, tres hermanas... Y todavía tengo uno de mis abuelos vivo.

CARMEN.- ¡Joaquín! No, señora, aún no tenemos hijos.

MARÍA.- Pues no deben de tardar mucho en tenerlos. Además, van a tener hijos muy lindos, porque los dos son verdaderamente bellos, ¿no te parece, Antonio?

ANTONIO.- Sí lo son. Tiene usted una esposa preciosa, si me permite decirlo. Es usted afortunado. Muchos hombres quisieran estar en su lugar.

JOAQUÍN.- ¿Sentados en esta silla y sudando a mares?

ANTONIO.- (**Ríe con ganas**) Qué sentido del humor tiene este joven. Está claro que con una mujer así nunca tendrá tentación de mirar para otras, ¿verdad?

RENATA.- (**Entra con un servicio de te, elegante, y unas pastas**) Siento decirle a la señora que le acabo de romper otra taza del juego de te.

MARÍA.- ¿El de Sevres?

RENATA.- De ese ya no quedaba ninguna taza, señora. Del de Manises. Claro, te para cuatro en esta bandeja tan raquílica... (**La pone sobre la mesa**) ¿Tengo que servirles también, por si se rompen una uña?

MARÍA.- Renata, que tenemos invitados.

RENATA.- Ya, y deben de estar enfermos, los pobres, inútiles totales. **(Sirve a las mujeres antes y luego a los hombres, acabando por ANTONIO. A CARMEN)** ¿Leche y azúcar?

CARMEN.- Si me lo hubiera dicho antes, no hubiera tomado infusión, prefería la leche.

RENATA.- Que si le echo leche o azúcar al te, señora.

CARMEN.- Ah, azúcar, por favor. Mucho, que soy muy golosa.

RENATA.- ¿Y el señor?

JOAQUÍN.- No, goloso no soy. A mi me gusta más lo salado: jamón, cecina... No entra mucho en casa, pero...

RENATA.- No sabe lo que me interesa todo lo que me está contando, señor. **(Sirve a sus amos sin preguntar)** Si no hay más tonterías que decirme...

ANTONIO.- Gracias, Renata, puedes retirarte.

RENATA.- Otro con el retiro. Si fuera solo ponerle la bandeja de sombrero... **(Sale)**

CARMEN.- El juego de te es muy hermoso, y muy fino. Esos Sevres y Manises que se lo prestan, ¿son vecinos?

JOAQUÍN.- Pues los de Sevres deben de estar muy enojados, porque ha dicho la criada que les habían roto todas las tazas...

MARÍA.- Sevres, en Francia, y Manises, en Valencia, son dos lugares famosos por las porcelanas que producen.

CARMEN.- Es que nosotros, aparte de las de San Claudio... **(N.A.: Fábrica asturiana de Loza, de ámbito regional)**

ANTONIO.- No dejemos enfriar el te. **(Todos van tomando te, muy diferenciada la forma de tomarlo y coger los cubiertos de los de pueblo a los ricos)** Ah, delicioso, ¿no les parece?

JOAQUÍN.- **(A CARMEN aparte)** ¿Qué quieres que te diga? Agua hervida con azúcar. Cuánto mejor sabe la hierbabuena.

MARÍA.- **(Ofreciendo)** ¿Una pasta?

JOAQUÍN.- Gracias. **(Toma una y la remoja en el te)** A ver si así toma gusto... Vaya, se me ha desmenuzado... **(Pesca la pasta con la cucharilla, todo muy basto, ante la mirada guasona de los ricos)**

ANTONIO.- Nos las traen expresamente desde Italia. Tengo contactos fuera, y me mandan muchas cosas. El caviar, por ejemplo, es de Irán. El mejor.

JOAQUÍN.- Ah, sí, eso son huevos de centurión, ¿non?

ANTONIO.- **(Ríe)** Sí, y de tanto comerlos, debió ser por lo que cayó el imperio romano.

CARMEN.- Esturión, Joaquín, esturión. El centurión es lo que usamos para que no nos caigan los pantalones.

ANTONIO.- Otras cosas las adquirimos en Madrid, pero muy poco en Oviedo, porque aquí en provincias hay tan poco donde escoger. ¿Ustedes no tienen también esos problemas?

CARMEN.- Nosotros, todo lo que no sea comprar en la tienda de Pilar...

ANTONIO.- Ah, ¿es una tienda de delicatessen?

JOAQUÍN.- No, señor, es de Carbayín. ¿Ese pueblo de "delicassen" es el de las pastas de Italia?

ANTONIO.- (**Ríe**) Son increíbles las salidas que tiene este joven. Bueno, volviendo a lo de antes, que nos estamos yendo por las ramas. Le decía que usted no debe de tener necesidad ninguna de mirar para ninguna otra mujer, viendo a la suya.

JOAQUÍN.- Bueno, mirar no está prohibido...

CARMEN.- ¡Joaquín!

JOAQUÍN.- Cariño, es un decir. Muchas gracias, y, sin querer molestar, usted también puede estar contento con la suya.

ANTONIO.- Yo ya sé que lo dice para corresponder el cumplido, pero los dos sabemos que no es así.

JOAQUÍN.- No, no, en serio, Su esposa también es preciosa.

ANTONIO.- (**Directo**) Ah, ¿Le gusta mi esposa?

JOAQUÍN.- Sí. O sea, quiero decir, no.

ANTONIO.- ¿No le gusta?

JOAQUÍN.- (**Suda otra vez**) Quiero decir que a cualquiera le gustaría, como no. O sea, que no digo yo que le guste a nadie... Que no es que diga que sea fea, pero... ¿Puedo tomar otra pasta? (**La coge y come**)

MARÍA.- No importunes más a este señor, Antonio. ¿No ves que se violenta con su esposa delante hablando esas cosas?

ANTONIO.- Claro, claro. Qué poco tacto tengo. La señora me disculpará.

CARMEN.- (**Un poco molesta**) Claro... ¿Podrían decirme donde está el baño?

ANTONIO.- ¿El tocador? Faltaría más.

CARMEN.- No, no, no es para tocar nada, es para... lo que se usa el baño.

ANTONIO.- (**Ríe**) Ustedes dos no deben de aburrirse nunca. ¡Qué graciosos son! (**A MARÍA**) No te levantes, cariño, que yo ya he terminado. La acompañaré yo, porque Renata es capaz de llevarla a la carbonera. Por aquí, señora. (**Sale**)

detrás de CARMEN. Hay una pequeña pausa, con JOAQUÍN muy nervioso, y MARÍA muy risueña)

MARÍA.- Así que, ¿en qué quedamos? ¿Te parezco bonita, o no?

JOAQUÍN.- Por favor...

MARÍA.- **(Se levanta y va por detrás de JOAQUÍN)** Y lo de les piedritas a los cristales... ¿Lo has hecho alguna vez? Soy tan dura de oído...

JOAQUÍN.- Que no es el momento...

MARÍA.- Si no es ahora, ya me dirás cuando es.

JOAQUÍN.- **(Se levanta de pronto y besa apasionadamente a MARÍA)** Dios, ya no me aguantaba más. **(La suelta también muy rápido)** Por Dios, María, que si viene tu marido...

MARÍA.- **(Se abraza a JOAQUÍN)** Mi hombre ahora eres tu.

JOAQUÍN.- **(La separa)** Ahora no, María, que nos la jugamos, que Antonio puede volver en cualquier momento. Y por Dios, deja de tocar los temas que estáis tocando, que me va salir el corazón por la garganta de un momento a otro.

MARÍA.- **(Mira por la puerta)** Aún no viene para acá.

JOAQUÍN.- ¿Tu crees que me prestará el dinero?

MARÍA.- Sí, no hay problema. Lo he estado ayer convenciendo y diciéndole lo buena gente que sois.

JOAQUÍN.- Si no me viera tan ahogado, sería el último lugar al que viniese, pero estoy con el agua al cuello.

MARÍA.- Yo no te puedo ayudar, ya sabes que el dinero lo maneja él. Pero las mujeres tenemos nuestras armas para lograr lo que queremos.

JOAQUÍN.- ¿No sospechará?

MARÍA.- ¿Antonio? Si es un panoli, Joaquín. No se entera de nada. **(Se arrima insinuante)** ¿Vas a venir a verme mañana por la mañana? Va a estar todo el día en la fábrica. Así no tendré que decirle de nuevo que voy a confesarme, que al final va a sospechar, pero no de ti, sino del cura.

JOAQUÍN.- Don Cipriano tiene sesenta años.

MARÍA.- Pero el sacristán es un seminarista muy joven. **(Se le acerca)** Y tu no querrás que me critiquen con un seminarista, ¿a que no?

JOAQUÍN.- No juegues conmigo...

MARÍA.- Hablando de jugar, ayer, cuando nos vimos, me desapareció un anillo. ¿Lo habrás visto?

JOAQUÍN.- No.

MARÍA.- Es que fue un regalo de Antonio. Mira que tengo joyas, y es el único que reconoce. Siempre que lo ve, me recuerda que me lo compró para la pedida de mano. La verdad es que es muy pequeño, de poco valor y feo, pero bueno, para él es la mejor joya que tengo.

JOAQUÍN.- Pos no sé, no lo he visto. Ya buscaré.

MARÍA.- (**Le coloca el traje**) Este traje es el mismo que traías ayer. Casi parece que aún huele un poco a mí... (**Lo huele**)

JOAQUÍN.- (**Se separa**) Es el único que tengo, así que olerá más bien a rancio. Es con el que me casé...

MARÍA.- (**Sensual**) ¿Y no quieres que lo arruguemos un poco?

JOAQUÍN.- María, por Dios, que me pierdo.

MARÍA.- Si te pierdes, iré a buscarte.

ANTONIO.- (**Entra**) ¿A buscar a quién?

JOAQUÍN.- (**Se separa azorado**) Dios, ahora sí que estoy perdido.

MARÍA.- (**Sin perder el aplomo**) Nada, le decía al señor que en esta casa tan grande igual su esposa se perdía al volver del baño, por eso le comentaba que la iríamos a buscar, que no se preocupase.

ANTONIO.- (**Le da un beso a MARÍA en la frente**) Esta mujer está en todo. ¡Qué joya tengo en casa! ¿Verdad, Joaquín?

JOAQUÍN.- Sí, sí la tiene.

ANTONIO.- Pues ya que lo habéis hablado, ¿por qué no vas a buscar a la esposa de Joaquín y le enseñas el jardín, en tanto nosotros hablamos de negocios?

MARÍA.- Claro, cielo. Joaquín. (**Sale**)

ANTONIO.- No hay otra como ella.

JOAQUÍN.- (**Que la ha seguido con la mirada**) Realmente no...

ANTONIO.- Bien, siéntate. Puedo tutearte, ¿no?

JOAQUÍN.- ¿Quiere jugar al tute conmigo?

ANTONIO.- Que si puedo tratarte de tu, hombre.

JOAQUÍN.- Faltaría más.

ANTONIO.- Bien, entonces tratemos el asunto que te trae aquí. Pero antes... ¡Renata!

JOAQUÍN.- ¿Necesita a la criada para hablar de negocios?

ANTONIO.- No, no es eso. Aunque si te soy franco, a veces la consulto, sobre todo si no estoy muy seguro de una operación. Tiene muy buen ojo para los negocios. Nunca falla. ¡Renata!

RENATA.- (**Entra**) Estoy vieja, pero mi oído está muy sano, no hace falta gritar.

ANTONIO.- Retira el servicio del te y sírvenos un brandy, anda.

RENATA.- Claro, señor, la ilusión de de mi vida siempre ha sido hacer de camarera...

(Sale con la bandeja)

JOAQUÍN.- Oiga, no es por meterme donde nadie me llama, pero... ¿no es en ocasiones un poco insolente la criada?

ANTONIO.- ¿Renata? Lleva más tiempo ella aquí que la propia casa. Ya es una más de la familia, y a decir verdad, puede afirmarse que es la que más manda. Ya te digo que hasta la consulto para ciertos negocios. Pero es difícil encontrar buenos empleados, ¿verdad?

JOAQUÍN.- Si algún día tengo uno, ya se lo diré.

ANTONIO.- ¿No tienes empleados?

JOAQUÍN.- No gano ni para mi, como para pagarle a nadie. En realidad, ese es el motivo de mi visita.

ANTONIO.- Ya, ya sé que es cuestión de dinero. Mi esposa estaba al tanto. A todo esto, ¿quién se lo habrá dicho a ella?

JOAQUÍN.- **(Que se ve de pronto pillado)** Eh... Pues no sé, en la tienda igual, como Pilar es tan cotilla...

ANTONIO.- Renata es quien va a la tienda.

JOAQUÍN.- **(Suda)** Cualquier otro, como lo sabe todo el mundo...

ANTONIO.- Bueno, seguro que lo ha oído en la iglesia, cuando va a confesarse. Últimamente va mucho a confesarse. No sé de qué tendrá que arrepentirse tanto...

RENATA.- **(Entra con la bandeja, el brandy y dos copas, y lo posa en la mesa)** Y ahora, ¿qué? ¿Abro una botella de vino y sirvo unos chatos para las señoras? Pero le advierto que con la artrosis no giro bien la muñeca, no sé si podré.

ANTONIO.- Renata... **(RENATA se va rezongando, como siempre. Joaquín, echa una copa bien llena y la bebe de un trago)** Vaya, había sed, ¿eh?

JOAQUÍN.- Un poco seca la boca sí la tenía, sí...

ANTONIO.- Este brandy me lo envían directamente de la bodega unos amigos de Cádiz. Vale seis mil pesetas.

JOAQUÍN.- ¿La bodega? No será muy grande entonces. **(JOAQUÍN se sirve otra copa)**

ANTONIO.- ¿La bodega? Seis mil pesetas las vale cada botella. **(JOAQUÍN corta en seco de echar)**

JOAQUÍN.- Pe... perdón, no sabía... **(Vuelve a echar el líquido de la copa en la botella)**

ANTONIO.- ¿Qué haces?

JOAQUÍN.- Hombre, a seis mil pesetas...

ANTONIO.- (*Vuelve a servirle, y sirve para sí. Toma el brandy como debe ser, calentando la copa, agitándolo...*) Vamos, vamos. Si no podemos disfrutar de estos pequeños caprichos de la vida, ¿de qué vamos a disfrutar?

JOAQUÍN.- ¿Pequeños caprichos? Si seis mil pesetas es más de lo que gana un jornalero al mes.

ANTONIO.- Minucias. En fin, hablábamos...

JOAQUÍN.- ¡De negocios!

ANTONIO.- Ah, sí. Bien. Dime.

JOAQUÍN.- Verá. No sé muy bien por donde comenzar. ¿Usted cree en el mal de ojo?

ANTONIO.- Alguna vez me ha salido un orzuelo.

JOAQUÍN.- Le juro que parece que me persigue la mala suerte. Yo puse un negocio modestillo hace un año, que daba para vivir. Sin altares, pero bien. Para arrancar, le había pedido a Don Anselmo treinta mil pesetas prestadas. Caramba, ahora que lo pienso, con eso no tendría ni para una caja de seis botellas de este brandy.

ANTONIO.- ¿Don Anselmo? ¿Y como no acudiste a mi en un principio?

JOAQUÍN.- Bueno, la verdad... Tenía mis motivos. No era por despreciarlo, pero me hablaron bien de Don Anselmo, y...

ANTONIO.- ¿Bien? Menudo elemento.

JOAQUÍN.- Eso lo sé ahora. Como es costumbre, me prestó les treinta mil pesetas a un interés no muy alto, y puse mi casa como aval, que es lo único que tenía.

ANTONIO.- No me digas más. Te pidió el dinero al poco tiempo. Es un canalla, siempre lo ha sido.

JOAQUÍN.- Pues, no. Me dijo que había vendido mi deuda a otra persona.

ANTONIO.- ¿Y cómo ha sido eso?

JOAQUÍN.- Alguien le ha pagado por mi deuda más de lo que yo debía.

ANTONIO.- (*Más interesado*) Vaya, esta si es buena. Me has picado la curiosidad. ¿Quién ha sido?

JOAQUÍN.- No lo sé. Una empresa, o una sociedad, o algo así. Me ha dicho su nombre, y sonaba como a algo de coger... No, de agarrar, se llamaba Agarra S.A.

ANTONIO.- Hum, que nombre tan raro.

JOAQUÍN.- Si, supongo que le va que ni pintado, porque debe de dedicarse a agarrar todo lo que puede, digo yo que por eso se llamará así.

ANTONIO.- ¿Y su dueño?

JOAQUÍN.- No sabría decirle. Se hizo todo a través de abogados.

ANTONIO.- Mala gente. Ya lo dice la maldición gitana, entre abogados te veas. Los míos son unas sanguijuelas. Pero, continúa.

JOAQUÍN.- El caso es que los abogados de esta empresa se pusieron en contacto conmigo y me dijeron que si no subíamos el tipo de interés, reclamarían la deuda, así que no tuve más remedio que decir que sí. Me metieron casi el doble de interés que Don Anselmo. Estos de Agarra me tenían bien agarrado.

ANTONIO.- ¡Qué gente hay en el mundo! Está lleno de buitres. Y claro, ahora no puedes pagar esos intereses, ¿verdad?

JOAQUÍN.- La verdad es que sí, sí podía. El negocio no va mal, pero ya le digo que me han echado mal de ojo. Nada más firmar el contrato con la subida de intereses, ni dos meses pasaron, y me reclamaron el pago total de la deuda.

ANTONIO.- No puede ser. ¿Y la palabra de esa gente?

JOAQUÍN.- Las palabras se las lleva el viento, Don Antonio. Lo firmado era lo que valía, y lo firmado era que podían reclamar la deuda cuando quisieran, y si no, perdía los avales.

ANTONIO.- La casa.

JOAQUÍN.- La casa y el negocio. Me obligaron a ponerlo también como aval.

ANTONIO.- Lo agarraron todo bien, y perdona por el chiste malo. Me dejas de piedra.

JOAQUÍN.- Yo, la verdad, he agotado todas las posibilidades. De hecho, he ido al banco a hablar con Don Vidal.

ANTONIO.- Una bellísima persona, y gran amigo.

JOAQUÍN.- Si lo fue, en un principio. Vio las cuentas del negocio y las previsiones, y prometió prestarme dinero suficiente para cubrir la deuda y los intereses, hipotecando la casa.

ANTONIO.- ¡Espléndido! Ya te decía que Vidal es una bella persona. No todos los banqueros son iguales, te lo digo yo.

JOAQUÍN.- Pues no me lo diga, Don Antonio. Con todo casi hecho, el día que voy a firmar al notario, me dice el puñetero... Don Vidal, que la operación no puede hacerse, que tiene demasiado riesgo. Y eso, después de pagarle a un abogado que me había gestionado toda la operación, y que me había dejado sin blanca. El caso es que en dos días vence el plazo que me han dado para

devolver el dinero y los intereses, o si no, voy a perderlo todo. Estoy desesperado, Don Antonio. Y por eso acudo a usted.

ANTONIO.- La verdad es que tienes razón, realmente parece que alguien te ha puesto entre ceja y ceja. ¿Y de cuánto estamos hablando?

JOAQUÍN.- Mucho, Don Antonio, han tenido que gafarme mucho, porque me sale todo mal. Esto no lo arregla ni un ejército de brujas.

ANTONIO.- La deuda, Joaquín. ¿A cuánto asciende?

JOAQUÍN.- Ah, perdone. No estoy en lo que celebro. La deuda más los intereses suman... Sesenta mil pesetas.

ANTONIO.- ¿Sesenta mil? Pero si habías pedido prestadas treinta mil nada más.

JOAQUÍN.- Yo tampoco lo entiendo. Que si intereses, que si abogados, que si gastos. No entiendo bien los papeles, pero eso es lo que debo.

ANTONIO.- Uf. es una cantidad muy seria. Verdaderamente no sé si la casa y el negocio la cubrirán.

JOAQUÍN.- Ya lo sé. Pero tengo otra cosa que me gustaría que viera. **(Saca la placa del bolsillo, y se la da a ANTONIO)**

ANTONIO.- Vaya, es una pieza muy interesante. Y debe de tener mucho valor.

JOAQUÍN.- El valor es más sentimental que material. Es un recuerdo de familia. No vale las sesenta mil pesetas que debo aunque la empeñara, pero sí puedo ofrecérsela con la casa y el negocio como aval a usted.

ANTONIO.- ¿No dices que es un recuerdo de familia?

JOAQUÍN.- Mi madre siempre me decía: “Esto alguna vez puede que sea tu salvación”. Y puede estar seguro que en estos momentos necesito una salvación.

ANTONIO.- Bien... bien... **(Admira la pieza)** Preciosa. Sesenta mil pesetas, ¿eh?

JOAQUÍN.- Es mi última esperanza, Don Antonio. Si no es a usted, ya no tengo a quién acudir.

MARÍA.- **(Entra con CARMEN de la calle)** ¿Qué? ¿Cómo van esos negocios?

ANTONIO.- Joaquín me ha contado toda su historia... **(Medita. A CARMEN)** ¿Qué le han parecido nuestros jardines?

CARMEN.- Preciosos. ¡Tan bien cuidados! Los rosales son bellísimos.

MARÍA.- El jardinero es muy competente. No cuida las plantas, las mima. Y además, esos rosales han venido de Turquía, los tulipanes de Holanda, las orquídeas son italianas...

CARMEN.- Tienen unas plantas muy viajeras. Yo nunca he salido de Asturias.

MARÍA.- Pues hay que conocer mundo, otras culturas... *(Con una mirada pícaro a JOAQUÍN)* Otras gentes...

JOAQUÍN.- *(Bebe el brandy azorado)* ¿Don Antonio...?

ANTONIO.- Escucha, Joaquín, vamos a pasear nosotros también por los jardines, para que los veas, y quiero que me hables sin dejar un detalle del negocio que tienes. *(A ellas)* ¿Os parece que os quedéis aquí hablando de vuestras cosas mientras nosotros salimos?

MARÍA.- Claro, mi vida. Dile a Renata que venga a retirar el brandy.

ANTONIO.- *(Coge su copa)* Toma la copa, Joaquín, disfrutaremos del brandy en el jardín. *(JOAQUÍN lo hace)* Por aquí. *(Salen)*

MARÍA.- Como son. Todo el santo día hablando de negocios y de dinero. No viven la vida.

CARMEN.- La verdad es que nosotros ahora mismo no podemos tener otra cosa en la cabeza.

MARÍA.- Es tan aburrido. Yo, sinceramente, hay algunas veces que estoy de mi marido hasta el moño. No entiende que una tiene sus necesidades. ¿No te parece?

CARMEN.- No sabría decirle...

MARÍA.- El dinero está bien, pero, ¿da el dinero la felicidad?

CARMEN.- No sé si la dará, pero el no tenerlo, la quita.

MARÍA.- No, Carmen, no. La felicidad la da el amor.

CARMEN.- Pero cuando el dinero sale de casa, el amor suele salir tras él.

MARÍA.- Será cosa de no dejar la puerta abierta para que salga. ¿Vosotros llevabais casados...?

CARMEN.- Unos seis años.

MARÍA.- ¡Seis años! Estáis comenzando como quien dice. En ese tiempo, aún dura la pasión. Pero nosotros, más de diez años casados... *(Sienta a CARMEN a su lado, con complicidad)* Ya sé que no nos conocemos mucho, pero... ¡Cuenta! ¿Todavía hay pasión entre vosotros?

CARMEN.- *(Avergonzada)* Caramba, pues...

MARÍA.- Vamos, estamos entre amigas, ¿no?

RENATA.- *(Entra en ese momento, y las ve)* ¿Las señoras querrán que les traiga unos camisones y unas almohadas para hacer una guerra con ellas?

MARÍA.- Mírala, esta sí que nunca ha tenido pasión en su vida.

RENATA.- *(Con sorna)* ¿Cómo dice eso la señora, con lo apasionada que es la vida aquí?

MARÍA.- Nunca has tenido novio, ¿verdad, Renata?

RENATA.- Ni perro, señora. Pero he tenido una vez piojos, si tan interesada está.

MARÍA.- Renata comenzó a servir con mi padre, y ya la ves, aquí sigue. Es fiel, y discreta, cualidades importantes en una persona de confianza.

RENATA.- Y bailo como nadie el chotis. No sé cómo no me llevan al Pardo a atender al caudillo. ¿Puedo retirar el brandy?

MARÍA.- ¿Y nadie te ha pretendido, Renata?

RENATA.- Señora, cuando tenga gana de contarle mi vida a alguien, se la voy a contar al cura al confesionario. **(Con indirecta)** Usted debería de saber lo bien que sienta, con la de veces que va por allí.

MARÍA.- No seas maliciosa, Renata, que tenemos invitados.

RENATA.- Ah, claro, pero si necesitaban un payaso para entretenerlos, bien habrían podido contratar uno de esos de los de las narices rojas, y conste que no hablo del señor cuando le da a la botella.

MARÍA.- Anda, retira el brandy, y trae el jerez para invitar a Carmen.

RENATA.- Faltaría más. Si no tengo más que hacer en esta casa que hacer de camarera. **(Se va con la bandeja)** Brandy, jerez... A ver cuando les da por tomar matarratas. **(Sale)**

CARMEN.- Hay que reconocer que directa es. ¿A ustedes no les importa que les hable de esa forma?

MARÍA.- Ya estamos acostumbrados. Le tengo aprecio, ya te digo que lleva en esta casa desde antes de nacer yo. Y Antonio también la quiere mucho. No sabríamos estar sin ella. Mira que hasta Antonio la suele consultar cuando hace algunas operaciones con sus empresas. Pero, a lo que estábamos.

CARMEN.- Verá, es que estoy un poco violenta con el tema, ¿sabe? No suelo hablar de cosas íntimas con nadie.

MARÍA.- Claro, lleváis tan poco tiempo... Pero Joaquín tiene aspecto de ser un buen hombre. ¿Y qué tal amante es?

CARMEN.- Señora, por Dios...

RENATA.- **(Entra con la bandeja con jerez y dos copas, y lo pone sobre la mesa)** A ver si de esta ya está todo, que por hoy de paseos voy bien.

MARÍA.- Renata, con lo bien que van para las varices.

RENATA.- No sabe lo que me alegra que la señora mire tanto por mi salud. Si quiere, ahora doy corriendo un par de vueltas a la casa, para no perder la forma.

MARÍA.- Con que no pierdas el humor nos damos por contentos, Renata.

RENATA.- ¿Algo más? ¿O puedo ya sentarme siquiera cinco minutos sin que a los señores les de un vahído?

CARMEN.- ¿Puede mirar a ver si el señor y mi marido han terminado en el jardín?

RENATA.- Poder si puedo. ¿Puedo tener en cuenta si me apetece?

MARÍA.- Hazle caso a la señora, Renata. La pobre debe de estar preocupada por su marido.

CARMEN.- **(Para sí)** Más bien por no quedarme sola aquí.

RENATA.- Que pronto baja una de categoría. De camarera a recadera. **(Sale rezongando)**

MARÍA.- ¿Una copita de jerez?

CARMEN.- Por favor. **(MARÍA sirve para las dos y CARMEN bebe)**

MARÍA.- Esta rico, ¿verdad? Yo no soy nada si por la mañana no tomo una copita antes del desayuno, y por la tarde no la tomo después del te. Pero, estabas a punto de responderme a una pregunta.

CARMEN.- **(Nerviosa)** No sé, no me acuerdo...

MARÍA.- **(Sonriendo)** Si estas cosas son de lo más normal, Carmen. Mira, yo con el mío, nada de nada.

CARMEN.- No tiene por qué...

MARÍA.- No me importa, mujer. A mi marido me lo endilgó mi padre, y aún no sé por qué. Mira que tenía buenos pretendientes, y de muy buena posición. Hasta un marqués vino a pretenderme. ¿Te imaginas? Habría podido ser marquesa. Pero uno a uno los iba despachando mi padre. A todos les encontraba tachas: Este es alto, este es bajo, este es viejo...

CARMEN.- Mira, exactamente cómo cuando mi padre va a comprar terneros al mercado.

MARÍA.- Y un buen día, aparece éste, que no tenía donde caer muerto, le entró por el ojo derecho, y en menos de tres meses ya estaba apalabrada la boda.

CARMEN.- Bueno, las bodas se apalabran muchas veces. La mía, sin ir más lejos, también fue un acuerdo entre los padres. Buenos quebraderos de cabeza que hubo a cuenta la dote.

MARÍA.- Sí, pero es que aquí no hubo padres, ni nada. Antonio es huérfano, y no te voy a decir que vino con una mano delante y otra detrás, porque por lo menos pantalones si traía. Es el día de hoy que aún no sé qué narices vio mi padre en él. Aunque tengo que reconocerle que es un hacha para los

negocios. Si ya teníamos dinero, desde que él lleva los negocios, somos todavía más ricos .

ANTONIO.- (*Entra con JOAQUÍN cuando estaba acabando de hablar MARÍA*) Esta es buena. Las mujeres hablando de negocios y de dinero. Ay, Joaquín, ya verás: Cualquier día tendremos mujeres empresarias, y si me apuras, hasta ministras.

MARÍA.- En realidad no hablábamos de dinero, sino de hombres. ¿No es así, Carmen?

CARMEN.- Más o menos...

ANTONIO.- Nos ha dicho Renata que viniésemos para acá, no con esas palabras, pero bueno, entre algunos insultos y muchos tacos, la hemos entendido.

MARÍA.- ¿Y qué? ¿Qué hay de lo vuestro?

ANTONIO.- El caso es que Joaquín ha estado hablándome del negocio que tiene entre manos, y la verdad es que es muy interesante. Hay muchas posibilidades de hacer dinero con él. No entiendo cómo le cuesta tanto lograr financiación.

JOAQUÍN.- Si no me dan dinero, Don Antonio, ¿con qué voy a comprar la financiación esa?

MARÍA.- Lo mejor será entonces que os dejemos acabar de tratar los negocios, y nosotras nos vayamos.

CARMEN.- Caray, ¿molestamos?

JOAQUÍN.- Carmen, querida, déjanos a solas hasta hablar estas cosas delicadas.

ANTONIO.- ¿Acaso la está tratando mal mi esposa?

CARMEN.- No, no, al contrario.

MARÍA.- Por nada del mundo trataría yo mal a nadie de esta familia. Tengo puestos todos los sentidos en ella (*Mirando sugerente a JOAQUÍN, que enseguida se pone nervioso y mira para otro lado*).

ANTONIO.- No esperaba menos. Mira, nosotros vamos acabar muy pronto, puedes aprovechar para mostrarle la colección de porcelanas que tienes. (*A JOAQUÍN*) Me arruina con ella.

MARÍA.- Anda, mejor será que colecciona porcelanas, y no armas como tu. ¿Vamos, Carmen? (*Salen*)

JOAQUÍN.- ¿Colecciona armas?

ANTONIO.- Son mi pasión. Tengo unas cuantas, algunas muy famosas. Pero, vamos a lo que estábamos, que es lo importante. Siéntate, Joaquín, que es el momento de ponernos serios.

JOAQUÍN.- (*Sentándose, como ANTONIO*) Ay, no, por Dios. Mire, Don Antonio, si no me va ayudar, suéltelo ya, pero no le dé muchas vueltas, porque no me sostengo en pie.

ANTONIO.- Ya lo veo. Estás muy nervioso desde que has llegado. Y mucho más cuando están las señoras delante. ¿Y eso?

JOAQUÍN.- Pa... para no preocupar a Carmen. Intento tenerla lo menos enterada posible. Es suficiente con que sufra yo.

ANTONIO.- Pues, Joaquín, escucha bien, que puede que esos problemas se acaben hoy mismo.

JOAQUÍN.- (*Ilusionado*) Soy todo orejas, Don Antonio.

ANTONIO.- No me ganas a mí, ni a narices, pero bueno, escucha. El negocio ese del que me hablas me parece bastante interesante. Es más, me parece muy interesante. Bien es verdad que debes mucho dinero, pero veo que se puede salir bien del asunto, así que te voy hacer una proposición. Olvídate de la deuda. Esa va correr de mi cuenta. Pero a cambio, quiero entrar en el negocio.

JOAQUÍN.- Es... ¿Está hablándome de asociarnos? ¿Usted y yo?

ANTONIO.- Tu y yo, de igual a igual. Yo pongo el dinero, lo que debes ahora, y lo que haga falta a partir de este momento, y tu pones el trabajo, y de los beneficios yo llevo... ¿Te parece bien un cuarenta por ciento?

JOAQUÍN.- Pe... perdone, Don Antonio. Yo soy un pobre diablo de pueblo, y a lo mejor no lo he entendido bien. ¿Usted quiere asociarse con un infeliz como yo, poner todo el dinero que haga falta, y que le de solamente cuarenta pesetas de cada cien ganadas?

ANTONIO.- Lo has entendido perfectamente. ¿Te parece bien el trato?

JOAQUÍN.- (*Eufórico*) ¿Bien? ¿Bien? (*De rodillas frente a él*) ¡Es usted mi padre! ¡Qué digo mi padre! ¡Es un ángel!

ANTONIO.- Venga, venga, ¿no hemos acordado que somos socios? Arriba y de igual a igual. (*JOAQUÍN se levanta*) Naturalmente, habrá que hacer un documento legal, pero, ¿te parece que sellemos el trato con un apretón de manos?

JOAQUÍN.- (*Estrechándole la mano*) No se va a arrepentir, Don Antonio. Esto va a salir adelante. Como que me llamo Joaquín que sale adelante. Y usted va a recuperar hasta la última peseta que ponga.

ANTONIO.- Y así podrás conservar el recuerdo de familia.